Intervención de la diputada Araceli Ocampo Manzanares, con el tema: el Aniversario Luctuoso del General Emiliano Zapata.

El presidente:

A la orden, adelante diputada.

La diputada Araceli Ocampos Manzanares:

Quiero saludar con mucho cariño a todos los medios de comunicación, a las distintas plataformas digitales que hoy nos acompañan.

Compañeras y compañeros diputados.

Pueblo de Guerrero.

Hermanas y hermanos de lucha.

Hoy subo ante esta Honorable Tribuna, con el corazón encendido

por la historia viva que nos atraviesa la piel y nos cimienta la conciencia. Hablo del aniversario luctuoso del general Emiliano Zapata. Como sabemos se conmemora el pasado 10 de abril. De esta manera rendimos tributo al hombre que fue traicionado, allá por el año de 1919, en Chinameca, Morelos.

Aunque la realidad, el General Emiliano Zapata no murió ese día. Lo que todos recordamos que fue un acto de cobardía por quienes temieron a su dignidad, a su grandeza, a su irrenunciable causa. Pero su espíritu, su razón, su lucha, germinaron en la tierra misma que defendió, en los suelos del campo, en las manos callosas del campesino, en los corazones encendidos de todas y

todos los que no aceptamos la injusticia como único destino.

Zapata es más que un nombre, es un grito, es un esplendor, es la honra de quienes nos inspiramos para lograr esta nueva etapa denominada Cuarta Transformación. Es un rugido ancestral que emerge del corazón del sureste mexicano. Es el eco de “Tierra y libertad” que retumba hasta nuestros días en cada injusticia cometida contra el pueblo trabajador, en cada despojo, en cada campesino desplazado por los intereses del capital. Hoy, ese grito sigue vivo, en constante alerta, porque mientras siga habiendo desigualdad, mientras la tierra no sea para quien la trabaja, el legado de Zapata seguirá latiendo.

Con orgullo puedo decir que en mi sangre corre la memoria de esa lucha. Mi abuelo, el revolucionario y capitán Pedro Ocampo luchó a su lado, codo a codo, con la dignidad de quien sabe que pelear por la justicia nunca es en vano. Con los mismos ideales, mi padre Isaac Ocampo, luchó a lado del maestro y

comandante Genaro Vázquez Rojas. Y así mismo yo con la misma convicción, he luchado a lado del expresidente de la República, Andrés Manuel López Obrador desde el Desafuero en su contra hasta lograr la transformación de la vida pública de México. Esas historias que se resistieron al olvido, que sobrevivieron a los silencios impuestos por los poderosos, fueron las que me inspiraron desde niña. Desde muy temprana edad escuché esos relatos con avidez de saber toda la historia y hoy, desde esta Tribuna, lo digo con orgullo y compromiso: soy la nieta de un zapatista, heredera de una causa que no claudica, soy hija de un guerrillero y decirles compañeras y compañeros, que por la muerte de Zapata no se olvida.

A diferencia de otros revolucionarios, Zapata no fue un caudillo en el sentido tradicional del poder, sino un líder profundamente arraigado en las necesidades y aspiraciones de su pueblo. “Zapata no era un teórico de la revolución, sino un hombre de acción guiado por una idea

fundamental de justicia". Y esa justicia era simple y radical en una sola frase: la tierra es de quien la trabaja. No para los hacendados, no para los bancos, y no para los extranjeros, sino para el pueblo.

Porque el zapatismo no fue sólo una rebelión rural. Fue una insurgencia ética. Una rebelión moral contra el despojo y la humillación sistemática del campesino. Zapata no buscó el poder por el poder. Rechazó los ofrecimientos de cargos, los intentos de cooptación, y se mantuvo firme en su causa, aún cuando eso le significó el aislamiento político y el asesinato.

Zapata, fue uno de los pocos líderes revolucionarios que no acumuló riqueza, que no se construyó una hacienda con las armas de la revolución, que murió sin fortuna, pero con la frente en alto. "Fue el más íntegro de todos". ¡Y vaya que cuesta sostener la integridad en medio de la tormenta! por eso, su nombre pesa, por eso su memoria incomoda, por eso hay quienes quisieran enterrarlo mil veces más para toda la historia.

Pero desde aquí les digo, no podrán. Porque Zapata vive en cada ejido, en cada lucha por la defensa del territorio, en cada campesino que defiende su tierra que defiende su maíz ante los embates del agronegocio, en cada comunidad que resiste ante los megaproyectos. Zapata aún vive en la Sierra, en la Costa, en la Montaña, en las comunidades indígenas que siguen resistiendo y construyendo autonomía desde abajo.

Hoy más que nunca, en la Cuarta Transformación necesitamos seguir recordando y reivindicando su legado. Porque la guerra contra el campo sigue viva, aunque ya no la encabezan hacendados montados a caballo, sino corporaciones con trajes y corbatas que representan las industrias trasnacionales y los bancos, que manipulan la ley como arado del despojo. Aún nos enfrentamos a una nueva forma de conquista, más sofisticada, más violenta, más disfrazada. Pero no menos brutal. Frente a eso, el ideario

zapatista es un enorme faro y es escudo de lucha.

Por eso, compañeras y compañeros, no podemos permitir que la memoria de Zapata sea convertida en postal o en una estatua muda. Su imagen no es para adornar discursos vacíos ni para legitimarse en el poder que él despreciaba. Su nombre es para honrarse con acciones, con compromiso, con lealtad al pueblo. Porque no basta con decirnos de izquierda si nos olvidamos de las raíces campesinas, indígenas y de las causas populares en nuestra lucha.

Y hoy, desde este Congreso del Estado de Guerrero, tierra de lucha, cuna de dignidad, me comprometo a seguir defendiendo las causas del pueblo con la misma claridad con la que Zapata defendió junto con mi abuelo. Con la misma terquedad desde las montañas guerrerenses. Porque traicionar esa historia sería traicionarme a mí misma, traicionar a mi familia.

Hagamos de este aniversario no un acto de nostalgia, sino un acto de renovación del compromiso. Que la voz de Zapata siga viva en nuestras leyes, en nuestras decisiones y en nuestra conducta. Que este Congreso tenga el valor de legislar desde abajo y para abajo. Que el socialismo por el que luchó el generalísimo del Sur no sea una idea lejana, sino una práctica cotidiana en defensa de la vida digna, de la tierra justa y de la libertad verdadera.

Compañeras y compañeros diputados, ¡Zapata Vive, porque la Lucha Sigue! ¡Hasta la victoria, siempre!

Muchas gracias.

Es cuanto, diputado Presidente.